

**EL INTELLECTUAL DE NUESTRO TIEMPO: ETICA Y RESISTENCIA FRENTE
A LAS MÁSCARAS DEL PODER. HOMENAJE A DON PABLO GARCÍA
RODRÍGUEZ**

José J. Rodríguez Vázquez
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Para Juan Carlos y Pedro

Querido Maestro:

Ayer, me sorprendió la voz de nuestro amigo, Luis Nieves Falcón. Quería invitarme a una actividad familiar en la que todos los que lo amamos y admiramos conversemos con usted y sobre usted. De más está decirle que no me pude negar, aunque estoy seguro que usted, con esa risa tan suya, me insistirá en que eso está de más, que es innecesario y suena a una más de las locuras de Nieves Falcón. Pero permítame, por lo menos en esta ocasión, que le lleve la contraria y le adelante algunas ideas que voy a decir, con la seguridad de que no son exclusivamente mías sino de todos, y me gustaría insistir en eso de todos, los que conozco y han compartido alguna experiencia con usted.

Le cuento que en estos tres últimos meses he estado haciendo dos cosas que ahora se entrelazan inevitablemente. Por un lado, me mantengo reviviendo nuestro diálogo interminable; a veces, acompañado de su voz; en otras, leyendo sus palabras que se me tornan, con cada relectura, nuevas, vivas, frescas, iluminadoras. Por otro lado, comparto con Luis González y Jorge Seda, dos amigos universitarios, una reflexión sobre el tema del intelectual moderno que deseo utilizar de pretexto para hablar con usted y, aunque no lo apruebe, sobre usted.

El tema es bastante complicado, ya sabe, por lo abarcador. Así que hemos elaborado una estrategia de selección de lecturas corriéndonos el riesgo inevitable de

dejar sin escudriñar autores y planteamientos importantes. La estrategia es de corte historiográfico y estamos tratando de trazar las continuidades y las rupturas entre distintos pensadores que han analizado el tema del intelectual en la modernidad. Quizás debimos comenzar por Maquiavelo pero hemos decidido agarrarnos del pequeño ensayo de Immanuel Kant, ¿Qué es la Ilustración? Este Kant, tan moderno, plantea unos aspectos que habrán de dominar la reflexión sobre el intelectual moderno, creemos que hasta nuestros días. En primer lugar, afirma el poder de la razón y, por lo tanto, la posibilidad del conocimiento. En segundo lugar, destaca el papel crítico o iconoclasta del pensador. Y en tercer lugar, establece ya ese nexo de teoría y praxis que obliga a plantearse la transformación del mundo. No obstante, este racionalista que propone convertir el saber en poder y el pensar en acción es profundamente conservador y termina temiéndole al trabajo del pensar y de la crítica. Así, postula que todo intelectual debe defender su libertad de pensar, es decir, de hacer preguntas y elaborar respuestas siempre sujetas a nuevas interrogantes; que la obligación del intelectual moderno es pensar su momento o su sociedad; pero, por otro lado, quiere que esta libertad vaya acompañada con una ética que asegure la construcción del orden social. La tensión social de su momento y los cambios que comenzaban a concretarse –como la revolución norteamericana- le perturbaban y diría incluso que le aterrorizaban.

Por eso hemos pasado a nuestro Marx, al joven, que es el que a usted más le gusta, aunque esa distinción althusseriana sé que la considera forzada o equivocada. Allí hemos puesto los ojos en aquella provocación que hablaba “que los filósofos se habían dedicado a interpretar el mundo cuando de lo que se trataba era de transformarlo”. Como en Kant, hemos encontrado en “el moro” la defensa de la libertad de pensar y el reclamo

de escudriñar nuestro tiempo, pero ahora, no para detener los procesos sino para orientarlos, de manera consciente, con la energía de una voluntad emancipadora e igualitaria que estoy seguro usted considera tan actual. La teoría se hace ahora praxis revolucionaria. Donde Kant tembló, Marx ve la fuente de la esperanza; si aquel estaba preocupado por el orden, éste lo está por el cambio, si el primero encuentra en el poder los límites de la crítica, el otro la plantea como interminable e irreverente.

Hemos dado un salto al Gramsci prisionero en la ergástula fascista, advirtiéndonos que el intelectual es más una función, que un individuo y que todos somos intelectuales. Hemos prestado atención a su distinción entre intelectuales tradicionales y modernos y a su concepto de intelectual orgánico, así como a su análisis de los grandes articuladores de concepciones de mundo que ofrecen a una clase y una época su sentido o su proyecto. El poder sólo se realiza plenamente cuando se constituye como hegemonía y para lograr este nivel debe convertirse en poder cultural. Allí, en el espacio de la cultura se lleva a cabo una batalla fundamental, una lucha que es al mismo tiempo intelectual y política.

Desde Marx-Gramsci hemos dado un salto hacia el debate en estas últimas poco más de tres décadas. Foucault, Said, Bauman y Rama nos han parecido los más provocadores. Las críticas de Foucault a la modernidad y al intelectual moderno son sin lugar a dudas de una gran agudeza. Su ataque contra la arrogancia del intelectual legislador que legitima su voz enmascarando su voluntad de poder con su afán de representante de los que no tienen voz o resultan incapaces para encontrar sus formas de acción liberadora, nos parece políticamente importante. Sus tesis –que creo que utiliza muy bien Rama en su ciudad letrada- de que el intelectual no debe hablar “de los otros”,

ni “por los otros” sino “con los otros” y de que el trabajo del intelectual es elaborar instrumentos para que las personas, por sí mismas, se organicen y transformen su vida –y no ofrecer sentencias absolutas que reclaman obediencias ciegas o incondicionales- es una postura política crítica y liberadora. ¡Qué golpe a los que a veces se sienten tan imprescindibles! Y sobre todo, ¡qué reto! El intelectual debe estar siempre acompañando a los que luchan contra el poder, a ese poder microfísico que asedia por todos los lugares y desde las más inocentes instituciones y prácticas sociales. La política no ha desaparecido, sino que debe ser enriquecida con un combate que tiene que llevarse a cabo en múltiples trincheras.

De Said creemos pertinente recoger sus tesis del intelectual como francotirador y amateur, que es su forma de plantear la necesidad, en nuestros días, de un intelectual crítico e insobornable que altere la tranquilidad de lo cotidiano, enfrente lo simplemente creído elevado a prejuicio, rechace las prebendas del poder y se preste siempre a la defensa de los oprimidos, asumiendo, según el palestino, esa “mínima moralía” que se fundamenta en una igualitaria noción horizontalizadora de humanidad. A Foucault no le gustaría esta última defensa del humanismo universalista, pero de esas discrepancias hablamos en otra ocasión.

En nuestra América hemos atendido a la advertencia crítica que Ángel Rama ha desarrollado sobre la ciudad letrada y al contraste que representan “el ángel caído en Dos Ríos” y aquel incendiario argentino, tan firme como voluntarioso. En estos dos se ha realizado plenamente la fusión de teoría y praxis, pero quizás, particularmente en el último, con una dosis demasiado elevada de afán de representación. Podemos conversar sobre eso.

Creemos también que Rama analiza con buen ojo ese otro lado del asunto: el del intelectual que piensa y actúa como un teórico del poder y, peor aún, como “su humilde servidor”. Son en su mayoría los defensores de una modernidad salvaje que, como una tormenta, habrá de arrasar con todo lo que encuentre a su paso y erigirse sobre los escombros. Primero comenzaron hablando “del otro”, es decir, convirtiéndolos en problema para su proyecto civilizador. Luego, cuando el capitalismo fundamentó la sociedad de masas, decidieron que su tarea era hablar “por los otros”, es decir, asumir el poder como legítimos representantes del “pueblo”, “la nación” o “la clase”. Y bueno, frente a éstos, esa tradición intelectual latinoamericana, trágica pero fundamental, de los que han estado “con los pobres de la tierra”.

Estoy seguro que ya hasta aquí tendríamos muchos temas de qué hablar y me ayudaría usted, con su ojo crítico, a esclarecer diversos puntos. Pero ahora, lo que quiero asumir es el otro asunto: no de hablar con usted sino sobre usted, no discutir sobre el tema del intelectual sino hablar sobre usted como el ejemplo de lo que es y debe ser alguien que pretenda considerarse intelectual.

Y ya veo aflorar el primer componente esencial, emergiendo de esa personalidad tan suya, y que no es una postura racional sino espiritual. Pues lo primero que usted haría sería rechazar ese título y con su objeción me enseñaría que sólo puede llamarse intelectual, el pensador cuya humildad nunca pretende arropar o silenciar la voz y el pensamiento de los demás; que sólo es intelectual el que sabe dialogar; que sólo es intelectual el que sabe preguntar y responder a las preguntas y respuestas de sus compañeros de tiempo. En esta modernidad tan egocéntrica, donde existe una enfermiza compulsión hacia la apropiación privada del conocimiento, donde la posesión de un saber

invita al deseo de poder y a ejercer poder sobre los demás, usted me enseña que de la arrogancia y el engrimiento sólo puede salvarnos el antídoto de una humildad bien balanceada. Esto, Don Pablo, me parece muy afín a la postura foucaultiana.

Pero la humildad que nos protege de nosotros mismos tiene que estar complementada con la vocación y eso a usted simplemente le sobra para regalarle a cualquier desorientado. Su vocación de intelectual es lo que estoy seguro comprendió su familia y lo que hemos experimentado todos los que fuimos sus discípulos. Porque con el ejemplo, usted nos ha enseñado, que intelectual es el que se toma su mundo o su tiempo con seriedad y preocupación; el que asume la tarea de pensar y enseñar como una obligación. Esta lección, esta invitación, que me ha dado dentro y fuera del salón de clase, siempre me acompaña. Hay que amar lo que se hace, para así respetarnos a nosotros mismos y a los demás que nos acompañan en el tiempo y el espacio. Aquí su cercanía con Said es evidente.

Pero si el intelectual debe cumplir con su función de pensar y de ayudar a la construcción del sentido, me pregunto ¿qué es pensar? Y aquí, sencillamente, lo veo a usted en acción: atento, escuchando y observando, las cosas y el lenguaje que las nombra; preguntando: qué, cómo, cuándo, quiénes, para qué; reflexionando, llegando a conclusiones y confrontándolas inmediatamente con una nueva pregunta; rechazando las conclusiones fáciles, reduccionistas y simplonas, para asumir la interpretación interminable de lo interpretado. El intelectual, es decir, usted mi Don Pablo, es el que reconoce la pluralidad de hilos que tejen la red de los acontecimientos, el que asume la reflexión como un proceso interminable de crítica y autocrítica. Creo que estos son puntos compartidos con ese Marx con el que usted siempre dialoga.

Pero si hablamos sólo de la dimensión del pensar creo que estaríamos olvidando que todos los que reflexionan sobre el tema del intelectual -desde Kant, pasando por Marx y Gramsci, hasta llegar a Foucault, Said y Rama-, consideran esencial la responsabilidad del intelectual con su tiempo y su sociedad. Es decir, invitan a la fusión del pensar y el actuar. Si Kant consideraba una postura ética el responsabilizarnos de nuestro tiempo y Marx insistía en la necesidad de actuar conscientemente para transformar el mundo, entonces vuelvo y me pregunto, si usted no es también aquí un buen ejemplo. Porque el compromiso y la responsabilidad del intelectual es lo que usted asumió, sin temor alguno, para colocarse del lado de los sectores oprimidos del país y plantear -frente al colonialismo criollo recientemente maquillado y un poder imperial enseñoreado con su hongo atómico- la posibilidad y la necesidad de un nuevo orden político no-colonial y de una nueva estructuración socialista de la sociedad. Y esta decisión, esta elección, con todos sus costos personales y familiares, la asumió como el que se sabe cumpliendo con su vocación y responsabilidad con los demás.

Por eso es que he hecho este cruce de hablar sobre el intelectual y ponerme a decir algo de usted, porque esa abstracción -el intelectual- sólo puede entenderse y valorarse cuando la encontramos encarnada. Y usted me dirá que estoy exagerando, que usted es un simple y humilde trabajador de las ideas. Está bien, no quiero contrariarlo. Pero déjeme insistir, sólo para resumir. Usted es ejemplo del verdadero intelectual porque nunca detuvo la reflexión en una sentencia pueril, porque nunca usurpó la voz de los demás, porque no temió a la acción y al compromiso, porque nunca lo sedujeron las lucecitas del espectáculo, porque nunca despachó al otro diciendo no lo he leído, no se entiende, no

vale la pena hablar de eso, eso no se debe leer; porque considera que todo debe ser atendido, interrogado, enjuiciado a partir de sus intenciones y sus efectos; porque ha sido parte de y ha estado acompañado por, los que luchan contra la opresión y el poder, descubriendo y atacando, con su práctica y su inteligencia, los flancos débiles de ese poder, desnudándolo allí, en su momento de soberbia y prepotencia.

Bueno, Don Pablo, creo que ya es tiempo que le ceda el lugar a los que también quieren conversar con usted y sobre usted. Además, Luis, a quien alguien parece haber puesto al tanto de mi fama de hablador, me advirtió que el tiempo era limitado y estaban prohibidas las lágrimas. Como a diario, mañana nos veremos. Un abrazo de su discípulo.